
Epitalamio*

I

*¡Abrid todo postigo, que entre el día
Como un mar o un estruendo!
¡Que ni un solo rincón de sombra ociosa
Propicie ideas de la noche o mueva
Al alma a recordar que hay cosas tristes,
Porque este día están todas alegres!
Esta mañana, esta mañana abierta
Se ha levantado el sol
En plenitud del lecho del abismo
Do anoche se acostó tras la invisible
Ribera de lo oscuro.
Despierta ahora la novia. ¡Ved! Ya empieza
A habitar este día cuya noche
Pondrá dos corazones a latir
Tan cerca uno del otro
Como la carne lo consienta.
Cómo se goza en su temido tránsito.
No abre los ojos por temor a verse
Temerosa en su júbilo.
Es la irrupción de todo lo soñado
Que ahora la turba y no sabe qué hacer
Con su sentir a medias.
¡Oh, dejadla esperar un rato, un día
Y prepararse para el gran combate
Para el que no lo están sus pensamientos!
El día llegó al fin y le da enojos.
Aunque bien quiere ella lo que quiere
Se resiste y demora.
Y los ensueños se le funden
En el pausado límite del sueño
Que perezosamente
La cabal esperanza de las cosas
De algún modo remoto desvirtúa.*

* Este original de Pessoa está escrito en inglés.

II

*¡Descorred los visillos, que se alcance
A la mirada más que la luz sola!
¡Mirad los campos, cuán esplendorosos
Bajo el azul del cielo se dilatan,
Sin una nube, y el calor que empieza
A maltratar levemente el paisaje!
La novia ha despertado. ¡Siente el trémulo
Corazón preceder todo su despertar!
Con la frialdad del miedo sus pechos se contraen,
Y más crece el temor ante la idea
De que han de acariciarlos otras manos
Distintas de las suyas, y unos labios
Han de libar la miel de sus capullos.
¡Mirad! Ya el pensamiento de las manos
Del esposo la palpa y la recorre
Aun allí do las suyas no se atreven,
Y se vuelven atrás sus pensamientos
Y cede en su sentir hasta negarse.
Encoge el cuerpo y continúa tendida.
Entreabre los ojos vagamente.
Todo lo empaña un aura de neblina.
Se asoma al día y salvo sus temores,
Es todo claridad en la mañana.
Yace un destello en su mirar velado,
Y ella medio rebúsa la luz inevitable.*

III

*¡Abrid de par en par puertas, ventanas,
No vaya a quedar algo de la noche
O, cual estela de un barco en el mar,
Lo que la hacía consistir perdure!
En el lecho la novia espera, incierta,
Que su deseo cobre audacia o brío
Y la haga levantarse, o que, atenuado,
Expulse al miedo y le permita entonces
Levantarse como otro día cualquiera.
Las partes de su cuerpo en que es mujer insisten
En verse ya en el lecho junto al varón y envían
Mensajes que el sonrojo no consiente
Entresoñar a la imaginación
Si no es tal vez como una vaga bruma.*

*Abre los ojos y ve, allá arriba, el techo
Cerrando al cielo la pequeña alcoba
Y piensa, hasta obligarse a cerrarlos de nuevo,
En otro techo que verá esa noche,
Otra casa, otro lecho, y a ella en él acostada
De un modo que sospecha vagamente; así, pues,
Cierra los ojos para no ver el aposento
Que pronto dejará de ver ya para siempre.*

IV

*¡Que la luz plena inunde ya la casa
Tal un heraldo con la frente
De rosas coronada, y esas hojas
Que entreteje el amor para su amor!
Entre el techado y ella, cuando muera este día,
Ha de vencerse de un varón el peso.
¡Ved! Con el pensamiento agarrota las piernas
Aun sabiendo, sin duda, que una mano
Al momento se las separará;
Temiendo que el entrarle, si consiente,
La dulcedumbre trocará en dolor.
Si vosotros, rayos de sol alegres,
Estáis tal vez poblados
De espíritus o genios que huelgan con el día,
Susurradle que sí, que ha de verter su sangre,
Que el gran arquero del amor traspasa
De esta trivial manera los umbrales.*

V

*Así la fosa de su doncellez
Será excavada en su liviana sangre.
Concurrid a este jubiloso entierro
Y tejedle el sudario de escarlata,
Oh anhelos de la carne viril que tantas veces
Dulcificasteis sus secretas horas
Y su mano llevasteis, deseante y remisa,
Allí donde el placer tiene su cuna.
¡Venid, tropel de genios, bando indómito,
Tan raudos que vertáis la copa rebosante,
Vosotros que hacéis joven
La juventud y espléndida la carne*

*Y hacéis surgir la alegre primavera
Y el sol de estío;
Vosotros, gracias a cuya presencia
Recóndita los árboles verdecen,
Las flores nacen, cantan en libertad los pájaros,
Cuando con el empuje de fuego estremecido
Monta el toro, potente, a la novilla!*

VI

*¡Cantad en su balcón, alas tempranas,
En cuyo canto, trémulo al oído,
El propio ser de la alegría canta!
En su cuarto zumbad, oh moscas leves,
Al par de su desvelo, por la colcha
Posaos y corred, y por sus dedos,
Apareadas dos a dos. La novia
Se empereza en el lecho. Entre sus piernas,
Juntas como las siente, se desliza,
Cual mano sigilosa un vaticinio.
¡Miradla cómo se demora! ¡El goce
no has de temer! ¡Levántate!, gritadle,
¡Despierta! ¡Vístete para ser desnudada!
¡Arriba! ¡Mira cómo el sol lo es todo!
Zumba la vida en torno a sus sentidos
Que tal los pétalos de una flor se cierran.
¡Levántate! ¡Levántate! ¡El placer
Tiene que acontecerte! ¡Es hora
De cosechar el júbilo!
¡Oh rosa de su tallo aún no arrancada!*

VII

*Se ha levantado ya. Ved cómo mira
El camión que se desliza lento
Hasta sus pies: immaculado instante
De desnudez que ella contempla toda
Menos allí donde velludo triángulo
Destaca, animal negro, en tez tan blanca
Y hoy verlo le conturba, hasta que la caricia
De la enagua su cuerpo cubre. ¡Vístete!
¡No demores sentándote en el borde del lecho,
No te pares en anticipaciones
Ni conjeturas! ¡Oye*